

# A rabiar

Que no. Que al final las cosas caen por su propio peso, y aquellas que son incontestables, más.

Siempre me he considerado una mujer cosmopolita. Me gusta el asfalto, que dirían algunos. Cierto. El movimiento, la vida, gente, comercio... Sí, soy cosmopolita. Mis paseos favoritos son por avenidas atestadas de gente. Largas y anchas avenidas. Callejear para buscar los bares con encanto. Poder coincidir con gente muy diversa. Es divino para mí, así es como quiero vivir. Soy pez de ciudad.

Pero no me voy a engañar más. Soy cosmopolita por devoción, no por obligación. Y lo quiero ser donde yo quiera. Y es que al final la cabra tira al monte. Sí, sí, al monte de uno.

Siempre he dicho que Madrid me fascina. Así es. Es el centro del centro. Aquí nace todo, aquí está todo. Están todos. Aquí tengo una mínima posibilidad mayor de ejercer mi profesión. Tengo diversidad de recursos para formarme aún más y siempre hay algo que hacer, visitar, encontrar. De Madrid al cielo, sin lugar a dudas. Pero Madrid tiene un defecto para mí que jamás podrá despejar. Un defecto incorregible: no es Murcia. No es mi tierra, no tengo a mi gente, no tengo mi casa, no la conozco de punta a punta. No tiene esas tradiciones que todos los murcianos compartimos a una, no tiene carácter propio ni identidad irrepetible.

No tiene esos amaneceres en los que el sol ilumina toda la vegetación en la ciudad y fuera, nuestra huerta. No es al Cristo de Monteagudo al primero que ilumina. No se oyen los pájaros cantar. Qué narices, no se asoma una a la ventana y huele a azahar.

No. Aquí el asfalto se pasa por exceso, no por defecto.

Salir de Murcia ha sido para mí la mejor manera de tomar perspectiva. Que aquí hago mucho, sí. Pero en Murcia hago sintiendo, siento haciendo. No hay metro a la Gran Vía porque voy andando. Y está atestada de gente, pero lo justo, lo justo para sentirme cosmopolita. Ahora, ¿que me canso? Carretera y toalla, en vez de manta, y a respirar el mar. Aunque sea media hora. Lo tengo a un tiro de chinarro del pequeño.

Y si no apetece mar, me pierdo entre limoneros y naranjos, mientras respiro aire puro. Ese aire que cura, que ensancha el pulmón, que hasta abre poros y libera toxinas. La huerta.

No se engañen. Que sea sábado por la mañana y salir de paseo a Santo Domingo, no tiene precio. Tomar una marinera con una Estrella en el centro, casi en manga corta aunque sea enero, no tiene precio. Comprar unos pasteles de carne para cenar, no tiene precio. Pero lo que de verdad, de todas, todas, no tiene precio, es su gente. Los murcianos y murcianas: los murcianicos. Somos distintos. Somos más sencillos, más prácticos, más alegres. Los tiempos son distintos. Ojo que no quiero decir más lentos, sino distintos. No debo pronunciar hasta las eses que no existen u ocultar mi acento porque «suena mal». Y puedo ir a comer a casa a medio día. No hay circunvalaciones con atascos diarios ni conductores agresivos que ponen la vida de una en peligro por posicionarse dos sitios por delante. Los estanques los dejamos para los patos, en vez de ponerle barquitas y barcos y hacer embarcaderos. Es comprensible, aquí no hay playa, vaya.

En resumen, mi sueño: poder desempeñar mi profesión pero en mi tierra, la Región de Murcia. Harto imposible, he tenido que emigrar al centro del centro para formarme y buscar oportunidades. Pero no me olvido de dónde soy y sé perfectamente que mi sitio, esté donde esté, será Murcia por defecto. Allí lo tengo todo, allí me hice lo que hoy soy y allí soy totalmente libre. Porque Murcia es abierta, sus salidas y entradas son claras. Es mi tierra, y por tanto, lo

que ahora ansío porque amo. Y ese amor no solo es subjetivo; en Murcia la calidad de vida es mayor, en Murcia se vive desde el primer hasta el último rayo de sol. La calle es nuestra segunda casa, y los murcianos, nuestra pequeña gran familia, los nuestros. Un murciano no tiene absolutamente nada que envidiarle a otro español, sea de donde sea. En tal caso, como espectadora que ahora me encuentro, más de un madrileño envidia a algún murciano.

Pero, señores, esto de vivir en la capital está muy bien y es muy entretenido pero lo cambio, cuando ustedes quieran, por un buen pastel de carne, un plato de caldero, una Estrella de Levante y una mesa en Tontódromo, viendo a la gente pasar.

Que no le engañen. Todos los caminos no llevan ni a Roma ni a Madrid. Qué va. Todos los caminos llevan a Murcia y a Carthagonova, ciudad tres o cuatro veces más cultural por sí misma que todos los museos centro-situados.

Murcia, ese cachito de cielo que una tarde Dios se dejó caer. Por suerte.

La echo de menos a rabiar.



Desde la terraza del Casino, la Catedral.

---

## **Infinito a secas, no**

La prosa de la vida es bastante más difícil que aquella que, escritores como yo, inventamos o retocamos para que no sea del

todo real, para que tenga matices de sueño, de magia, de tragedia e incluso de divinidad. Con un simple teclado se pueden escribir cantidad de prosas, millones, infinitas; pero la prosa de la vida es inimitable y ningún autor, ninguno, podrá jamás ni plasmarla tal cual ni acercarse a ella hasta tocarla, como dos líneas en el espacio que parece que están destinadas a cruzarse pero que no lo harán. ¿Por qué? Porque hay un límite entre ellas. Lo mismo pasa con la prosa creada que la real. Y es que la vida son matemáticas, y nuestras vidas funciones que suben y bajan, con una trayectoria. Unas funciones se cruzarán con otras; unas se cruzarán una vez y otra, otras irán superpuestas, otras se cruzarán una sola vez y a partir de ahí existirá entre ellas un límite +/- infinito.

Esos límites son en realidad los límites de la vida, de nuestra trayectoria para con otros seres con otra trayectoria que se refleja en forma de función. Por ejemplo, las líneas que se crucen no tendrán límite entre ellas en un momento concreto. «*Infinito es el amor que yo siento hacia ti*», que diría mi tía, profesora de matemáticas, cuando al pedir el resultado de un límite a uno de sus alumnos, le contestan *infinito*. No querido/a, o más infinito o menos infinito, infinito a secas, nunca. Pues así son las relaciones humanas, nuestras trayectorias, o se acercan o se alejan, el paralelismo es ciertamente muy difícil. Pero con el gran valor añadido de que el «mañana», o el «dentro de unas horas», es decir, la variable tiempo hacia delante la podemos prever, pero nada más. Existe porque intentamos calcularla, imaginarla; lo necesitamos para vivir con tranquilidad. Pero, no se engañen, no existe. La variable tiempo existe en nuestros cálculos y en nuestra mente. Es relativa, ya lo decía Einstein. Hasta que no se produzca ese momento «t», no existe, y por tanto, lo que pasará, lo que nos ocurrirá, está fuera de nuestras manos y nuestro cálculo. Juguemos con la probabilidad pero, dentro de eso, la certeza, las ecuaciones matemáticas exactas con resultado exacto, no existen. Es, la magia de vivir a veces, la putada de la vida, otras.

Cómo definir, cómo expresar lo que se siente cuando pasado un tiempo, pongamos  $t+10$ , el límite con otra persona se reduce, tiende al menos infinito. Fabuloso. El que las personas puedan reencontrarse, tras tiempo, es fabuloso. Primero, porque ayuda a tomar perspectiva, la que digo que decía Cela «es lo único importante», y además, lo que le hace ver a una que cualquier tiempo pasado no es que fuera ni mejor ni peor, sino que fue. Desde luego comprobar, testear, una evolución en la persona es sumamente grato. Más aún ver que una misma también lo ha conseguido, y aún así, la persona a la que tienes delante no es una desconocida pues su manera de hablar, su risa, su mirada y su talento siguen intactos y te retrotraen a los buenos momentos. Fuera los malos, para qué retenerlos, hacemos limpieza de ellos en mente y corazón. Y entonces descubres que lo que pasó tenía que pasar, te hizo más persona, que la otra persona te aportó más de lo que pensabas y ahora te das cuenta y te reporta bienestar y que, pase lo que pase, aunque no haya un cruce de rectas, de caminos, siempre estará el menos infinito que hace que esas dos trayectorias se acerquen una *chispica* más y puedas de nuevo volver a comprobar lo grandioso de las relaciones humanas, lo bonito de la vida sin conocer (únicamente por probabilidades que no son exactas) cuando ese límite tiende a más o menos y, lo más importante de todo: que esas líneas existen y llevan trayectorias aparentemente distintas pero luego resulta que no tanto.

Un reencuentro con una buena persona siempre es motivo de alegría. Si además esa persona ahora es más feliz que antes y así lo siente, es un regalo. Pues hay un aprecio, un gran aprecio, que siempre estará ahí.

Ayer fue un día grato para mí. Me enriquecí. Pero, ante todo, sentí esa extraña sensación de sentirse feliz por otro, sin egoísmos. Eso es muy puro. Y creo que me ha hecho un poquito mejor persona.

Así que sea como fuere, más o menos infinito, déjense llevar por las matemáticas de la vida.

